Me despido. Son las siete. Las horas de visita eran de cuatro a seis. En toda la tarde no había venido nadie a hacerle compañía. Pienso en la historia de amor que rodea a esta mujer y en la vejez, la enfermedad y el silencio que tejen hoy la atmósfera en la que vive sus últimas semanas... En la luz cruda, desolada de la realidad, Francisca Sánchez es una anciana marchita y cansada; en la luz de la poesía de Rubén sigue siendo «Francisca Sánchez, acompáñame...».—IRINA DARLÉE.

INDICE DE EXPOSICIONES

DOS PERDIDAS ESPAÑOLAS PARA EL ARTE UNIVERSAL

UN CRÍTICO DE ARTE: RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ramón Gómez de la Serna y Eugenio d'Ors, al mal ver, en la apariencia tan dispares, y ¡qué semejantes eran!; que parejos en ser grandes oculistas de la vida; maestros en enseñar y en descubrir; abridores de ventanas; grandes apuntadores de las cosas, y qué en serio, qué profundamente en serio, maestros de la crítica del arte...

Qué íntima semejanza hay entre la cripta de Pombo y la Academia Breve; qué identidad en la generosidad de sus directores, advirtiendo a unos y a otros lo que era la vida de verdad y el arte. Ahora, leyendo sus cartas en nuestro almacén de recuerdos y de nostalgias, nos ha venido a las mientes —sitio bien seguro— emparejar a quienes tanto dieron y tan poco recibieron... Los estilos dispares de *Glosas y Greguerías* tienen muchos, muchísimos puntos de contacto. Son los escritores más generosos que tuvimos; los que cada día —he ahí lo más difícil— regalaban al mundo, no sólo a España, el espectáculo hasta ellos inédito de las cosas...

A Ramón Gómez de la Serna, a quien viene estrecho cualquier adjetivo, cualquier determinación, pues abarcaba todo, en el aspecto del arte, le debemos un Greco que supera al de Barrés; un «Greco» leyendo, del cual resulta que había muchos Grecos en el Greco, que hasta entonces no nos habíamos dado cuenta de que el Greco no era sólo el pintor, sino el hombre que pintaba; que era, además de pintor, el más genial alucinado intérprete de las formas; le debemos a Ramón «un» Solana,

que él descubrió en su grandeza, oyéndole cantar en Pombo trozos perdidos de olvidadas óperas, en las que daba, como dió en la vida, el «do» de pecho; le debemos un Goya —igual que a D'Ors—, a quien gracias a él conocemos en su entraña y en su entresijo; le debemos el libro *Ismos;* en donde está el porqué y el para qué de la pintura contemporánea; le debemos las siluetas de Picasso, de Picabia, de Rivera..., y le debemos —todos y cada uno de los españoles— el fabuloso regalo del lienzo «La tertulia de Pombo», que Ramón donó a España en época en la cual nos decía que sus apuros económicos eran ya necesidades vitales; le debemos que haya vivido entre nosotros; que haya podido ser uno más, siendo siempre uno menos; uno aparte; uno con cátedra propia, sillón propio, medalla propia y de abolengo testifical tan antiguo como Indibil y Mandonio... El era un muerto desde que nació, pues sólo un muerto puede saber tanto de la vida, del alba, de las chimeneas, del amor y de la muerte; de esa muerte que él conoció tan bien, y por ello advertía: «Ante la muerte hay que pensar que la vida merece una sinceridad y un delirio fantásticos, porque se puede pasar de un momento a otro a muerto.» Ante su cambio material estamos seguros de oírle seguir diciendo: «Quiero que estéis alegres cuando yo me muera, porque el único que podría llorarlo de verdad soy yo.» Fué Ramón quien mejor eligió los «Morirás» del español: los de Séneca, los de Quevedo, los de Arias Carrillo, los de Mañara y los avisos del maestro Venegas... Bien conoció la vida quien tan buen conocedor era de la muerte, y bien las emparejaba siempre, en *La mujer de ámbar,* en *Gran Hotel,* en *El circo;* en esas extrañas comedias —¡qué fabuloso autor había en Ramón!— que están insertas en el primer tomo de sus obras completas, donde sólo los muertos hablan y se lamentan de no haber conocido y gozado las ternuras de la vida; en *Los medios seres...*; siempre hay muerte y amor en cada línea que escribió este Ramón, que se ha colocado para siempre en la literatura universal. Eso tan difícil, que sabemos todos que es así, y que nadie puede arrebatárselo, y que no será nunca realidad para quienes no pudieron seguir el más ejemplar caminar de escritor que haya en nuestro tiempo. Hay muertes que son muertes: la suya. Hay otras que son sólo sepelios. Ramón no se irá nunca ya de entre nosotros, seguirá tan muerto como cuando vivía; como cuando se asomaba desde su maravilloso nicho para decirnos en el arte, ante la vida, todas las cosas de las cuales, sin él, no nos hubiéramos nunca dado cuenta, ni siquiera de que la muerte es sólo morirse...

Ningún recuerdo mejor del crítico de arte Ramón Gómez de la Serna que reproducir alguna de sus frases y consejos a los artistas: «Lo nuevo, en su pureza inicial, en su sorpresa de rasgadura del cielo

y del tiempo, es para mí esencia de la vida.» «Si el nuevo día dijese en qué consistía su novedad, nadie lo comprendería. Lo mejor que tiene es que es nuevo. Esto es lo que revelan las nuevas imágenes de la plástica.» «Lo nuevo son distancias que se recorren. No hay otra forma ni concepto de la distancia en arte que el innovar.» «Así como el que camina, si ha de avanzar ha de recorrer espacios que no estaban detrás de él, sino delante, el artista está parado y da vueltas alrededor de su noria si no innova.» «El deber de lo bueno es el principal deber de todo artista creador.» «El impresionismo educó los ojos; el cubismo educó el espíritu.» El arte es juego de los siglos y el último juego ha sido a quien escamoteaba más la realidad...

Serían inacabables las citas; su afán por hacer que el artista invente, sea creador y no imitador; cumpla su destino con fe y con esperanza, sin otra recompensa que encontrarse a sí mismo, después de esperarse años y años... Profundo deseo tuvo Ramón por ser un muerto en la vida; algo que le permitiera ese ver y sentir que a los demás está vedado: «... mi rostro ha tomado, sonámbulo de monóculos, el rigor mortis...» «Me he encontrado como si hubiese entrado en la muerte...» «Ya estoy despedido. Yo ya quedo despedido. Yo he sonreído muchas veces a mi muerte...»

A quien, aparte de cada libro, escribió *Automoribundia* y esas terribles y magníficas *Cartas a mí mismo,* nada le podía espantar. Por saberse muerto, cada día podía decirnos lo que nadie hasta él fué capaz de comprender. Por eso no está muerto ahora, sino entre nosotros, enseñándonos su completo vivir, su amor por todo, su ejemplar postura de dignidad, honradez y bondad... Por eso el muerto de antes se halla, y se hallará, siempre entre nosotros, en cada página de sus libros, en cada esquina y bocacalle de la vida, que él supo hacer, de verdad, y con su propia sangre y alma, más alta y mejor. Gracias, Ramón. Ahora comprendemos por qué decías y escribías una vez: «La muerte, esa cosa tan graciosa.»

Un pintor: Valentín de Zubiaurre

Las buenas condiciones que se achacan al madrileño se daban en este pintor, escueto, buído, en físico y espíritu, y gentil, sensible e inteligente. Muchas buenas condiciones son estas últimas para una sola persona, pero en verdad que todas las tenía en su humano haber este pintor, que, al buen y antiguo decir de Palomino, había «deprendido», a ciencia y conciencia, el arte y oficio de la pintura. Y en tiempos en que la intuición, el fortuito hallazgo, el confundir lo que se piensa o se siente con lo que se pinta, viene bien destacar a quien bien decía

y pintaba: sabía «eso» por lo cual muchos no somos pintores y que podemos llamar oficio. Y que, en resumidas cuentas, es entrar o salir en la historia de la pintura.

Valentín de Zubiaurre nos ha regalado un mundo nuevo. Era lo que debe ser un artista ante todo: creador. A su pincel y alma buena le debemos la incorporación a la historia del arte de unos tipos, de unos paisajes que siempre, por los siglos de los siglos, harán que su quehacer quede en las antologías. Y le debemos también unos colores que son y serán «Zubiaurre». Son colores limpios, profundos, hondos, cargados de una electricidad y de una emoción que su larga contemplación nos llevaba a una geografía lejana y poética, donde los tipos vascos o castellanos adquirían una valoración, un acento lírico y una gracia que los convertía en símbolos de una raza, de una manera de ser y de estar en la vida.

Sus verdes, sus amarillos, sus rojos, sus característicos blancos que centraban las composiciones no serán igualados. Y menos aún esas miradas de hombres y mujeres que nos decían todas las penas, esperanzas o amarguras de una existencia y también las sanas alegrías de los que se agrupan en torno a una jarra de «bon vino» o juegan a la pelota o a los bolos... Su visión de la existencia del hombre era una visión apacible. Ante las tragedias íntimas de esas mujeres vestidas de negro, con luto en el alma y en el cuerpo, que tenían un aire de resignación, una aceptación consentida de males pasados y venideros; ante ellas tenemos la sensación de asistir a un ejemplario humano... Zubiaurre es el pintor de una España ignorada hasta él.

No le gustó seguir las sendas espectaculares y efectistas de un Zuloaga ni las amargas, trágicas y duras de un Solana. Su interpretación de España salva siempre los accidentes. Se complace en que los hombres de Segovia, envueltos en viejas capas de viejo paño, sean sólo hombres cumplidores de un destino y no personajes propicios para ennegrecer geografías... Zubiaurre ponía las cosas en el punto más alto y mejor. Hacía que sus protagonistas se acercaran a nosotros y naciera en el ánimo el deseo de que fueran nuestros amigos, nuestros compañeros, en una aventura por montes de Guipúzcoa o por llanadas de Castilla...

Zubiaurre amó a una España integrada. No fraccionó a los modelos de sus cuadros haciéndolos a todos responsables de una particular visión literaria. Los escogió en todos los paisajes, y siempre en el instante en que estaban «parados», en un momento de sus vidas en que «era bueno» retratarlos... Y así surgen de los lienzos hieráticos como humanos dioses penates de pueblos y aldeas, como representaciones escogidas de buenas herencias, de viejas glorias, como símbolos de una España eterna... Estos viejos castellanos o estos marineros del Norte, igual

pueden ser del siglo xv que de nuestros días. Zubiaurre, tan actual en su pintura (aunque haya alguien que pueda creer lo contrario), no pintaba para el día de hoy: pintaba para el día de mañana, cuando las aguas se hayan sosegado, cuando no se confunda nuestro gusto particular con los gustos de todos, o sea cuando haya un sentido histórico en los lienzos que un artista creó...

Valentín de Zubiaurre era nuestro amigo. Y era el amigo de todos. Con él hemos compartido largas horas de jurados. Con él hemos cambiado conceptos, ya que la discusión no cabía en quien tan erguido y señor caminó por la vida. Con él hemos dialogado, y ¡qué ajenos estarán los pintores nuevos, novísimos, en saber que en este académico, que en esta medalla de Honor (que tuvimos la satisfacción de votar), tenían a un acérrimo defensor, a un hombre inteligente que comprendía, que se daba cuenta de los tiempos y que nada tenía que ver que él se refugiara y refugiara su pintura en lo que nunca pasa y muere, sin dejar de comprender que otros tenían el deber de ser testigos de las horas que vivían, de horas angustiosas, difíciles para el hombre, para la pintura, al fin y a la postre máximo notario del tiempo perdido del presente y del tiempo por venir!...

Sentimos muy de veras no volver a ver su silueta en las exposiciones. Sentimos no ver sus manos con los dedos arracimados junto a la boca decir que eran excelentes los lienzos que nos habían reunido. Para Zubiaurre no hubo nunca un pintor malo. ¡Qué gran lección para esos jóvenes mal peinados, de pantalones arrugados y raídas chaquetas, poblada barba y sucias manos, que nada encuentran bien!... Valentín de Zubiaurre, preciso en el vestir, como «gentleman» que hubiera nacido un poco bajo de estatura, alababa todos los intentos, todas las búsquedas, y sabía (como nosotros) que esos muchachos, con su negligencia, eran portadores de algo, y, a lo mejor, de algo importante, y que cumplían su misión, acaso ingrata y dura.

Ya no «hablaremos» con Zubiaurre. El nos regaló con su amistad la posibilidad de dialogar por señas. Eso tan bello y olvidado que aprendimos en lejana provincia en nuestra mínima juventud para decir a una muchacha con trenzas que la queríamos mucho, y que ella agradecía desde un alto mirador temiendo la vigilancia de su padre, liberal, socio de casino y fumador de puros...

Hombres, muchos hombres, mueren todos los días; señores, pocos. Valentín de Zubiaurre era un gran señor; un hidalgo muy puesto al día en el atuendo y en el «dolorido sentir». Y que ha regalado a todos un mundo generoso en sugerencias, un mundo por el cual nos gustaría caminar cogidos del brazo con una de sus severas muchachas, por brumas violentas, cárdenas, de Donostia, o por amarillos campos y

ondulados camellones de Castilla...; un mundo en que es posible la égloga, y en el que también es posible el suave llanto de la nostalgia y de la dulce melancolía...

Arte colombiano en Madrid

Buen lugar de peregrinación artística es la sociedad de Amigos del Arte, en donde se exhibe una magnífica colección de objetos de arte. El interesante certamen se halla patrocinado por la Dirección General de Bellas Artes y el Instituto de Cultura Hispánica.

La primera impresión que uno recibe ante este fabuloso muestrario es la de pensar en la misión de España en las tierras americanas, ya que esta exhibición es posible gracias a muchos deberes cumplidos. Y el primero es haber salvado, honrado e incorporado el sentido espiritual de los pueblos aborígenes, cuya cultura permanece inalterable al pasar de los siglos; fundida con las normas españolas y siempre atendida. Y ese estado misional y sus magníficos resultados, lo vemos perdido cuando llegamos a la raya donde marcaron los soldados españoles el límite de sus pasos civilizadores.

Los que tenemos la buena suerte y fortuna de haber estado en la sabia Bogotá podemos apreciar el esfuerzo, buen esfuerzo, que han realizado los directores de los diferentes museos para dar una idea cabal del tesoro artístico colombiano. En la exposición figuran objetos del Museo del Oro, Museo del Arte Colonial, Museo Nacional y del Instituto Colombiano de Antropología.

Las épocas que recoge el certamen comprenden los siguientes ciclos: prehispánico, virreinal, independencia y contemporáneo. Y de aquí el mayor acierto de los organizadores, puesto que de esta forma se puede apreciar el mismo acento nacional a través del tiempo que aúna, recoge y hace compendio de culturas y formas que no han perdido vigencia con el contacto de otras culturas.

Todo el mapa de América española es bien complejo para poder determinar planos culturales y certeza de modos y expresiones, y así lo advierte el excelente prologuista de la exposición, Gómez Sicre, cuando advierte al visitante: «... no se sabe mucho sobre esos grandes grupos humanos que cruzaban gigantescas montañas, vadeaban ríos, penetraban malezas de selvas positivamente feroces y transmigraban dejando rastros estilísticos en sus vasijas, en sus deidades, en sus ornamentos. Subieron por la América Central hasta lo que hoy es Nicaragua (o quizá de ella bajaron tribus que ligaron sus sangres con las que explotaban valles fértiles); también ascendieron otros nómadas del vasto territorio del Perú. Sin embargo, lo colombiano prehispánico

tiene un sello, una expresión «sui generis» que le da fisonomía propia. Es probable que San Agustín fuera un santuario de peregrinación obligada para estos hombres primitivos, que reproducían las formas de las deidades monolíticas que todavía pueblan como colosos inertes aquella inmensidad de 500 kilómetros cuadrados. Esta cosmología lítica prestó sus formas a pequeños cacharros, a ollas, a la cerámica de otros pueblos, que las interpretaron, las distorsionaron o las desfiguraron de acuerdo con otras imposiciones geográficas o temporales...»

Nuestras preferencias ante este excepcional muestrario colombiano se van hacia la cerámica, hacia esa primera manifestación artística del hombre, a ese modo de moldeo con el cual se crea la forma en su más ingenua y sincera expresión. Allí se halla el hombre, su espíritu, lo que fué, lo que pudo ser en la aspiración de la arcilla... La cerámica de Tumaco es un recreo de la vista, y sólo el «Guerrero con la cabeza en el vientre» podría ser modelo de invención, sobre todo en esta época de «invenciones» ya inventadas.

Las civilizaciones quimbaya y chibcha, e incluso la llamada negra, tienen los atractivos que poseen siempre los objetos cuya ignota procedencia no tiene una frontera. La figura humana, la vasija, el idolillo, nos atraen a través de sus formalizaciones, de su hondo misterio, de sus extraños gestos y actitudes. Pijao, Taisona, Calima, son otras tantas citas donde espera al visitante la sorpresa, el hallazgo, con algo que con mucho tiempo a cuestas nos deja la interrogación de su origen.

Es imposible el recuento en espacio preciso. Solamente lo prehispánico debería ocupar un largo folleto, ya que lo oriental, lo africano, surge por similitudes fáciles, aunque sabemos de cierto que algo hubo que nos estará negado para siempre en la brumosa historia del hombre.

Lo virreinal no tiene la presencia debida y la que nosotros conocimos en la alta Bogotá. De ella afirmemos el nombre de Gregorio Vázquez, de cuyos dibujos hizo una colosal copia la Biblioteca Nacional del Estado y cuya traza y figura han sido magistralmente estudiadas por el marqués de Lozoya en bella conferencia pronunciada en el recinto de la exposición.

La Bienal Hispanoamericana —esa exposición tan «graciosamente» perdida— y nuestra estancia nos permitió conocer a varios de los artistas actuales de Bogotá, los mejores de ellos en el ámbito abstracto, como Mateús, Tersa Negreiros, Roda, Villegas, Widemean, Zárate, Negret, Ramiro...

Colombia, ese gran reducto cultural de la América hispana, ha tenido la más feliz de las presencias en nuestra Patria, en esta Patria allí tan verdaderamente querida, y ha demostrado que lo de «Atenas

de América» no es un tópico, sino pequeño índice de una nación a la que esperan tiempos felices, y una proyección que le es debida a su cultura, a su historia y su bien hacer.

«Toros de Burdeos», de Goya, y Rafael Casariego

Rafael Casariego es autor, entre otros títulos, de la joya bibliográfica «Los caprichos», de Goya, en donde los grabados cuidados, «defendidos» por este gran artista, tienen una perfección que hace de la edición uno de esos libros que pasados los años —muy pocos— son pieza fundamental en las grandes colecciones del mundo. Ahora, «Toros de Burdeos», una de las obras de Goya más importantes y menos conocida, vuelve a tener, en bello y gran cuaderno, la misma o mayor atracción que tuvieron «Los caprichos».

Rafael Casariego no es editor, sino artífice, artista, creador de unas láminas en donde podemos seguir la trayectoria goyesca con una limpieza de ejecución y de traducción que harán de estas láminas una selección preciadísima para ocupar sitio destacado en cualquier lugar de privilegio en una biblioteca, aunque la disposición del gran cuaderno permite enmarcar los grabados goyescos, esos grabados en los cuales Goya se desquitaba de su quehacer cortesano y oficial, dejando que la incisión en la plancha fuera el vehículo para dejar la huella de su genio y de esa afición taurina a la que no fué ajeno como protagonista y que él hizo universal en el concierto del arte. «Toros de Burdeos» es una contribución ejemplar que hace Rafael Casariego a la historia de nuestro arte y al arte de Goya. Lástima que el número limitadísimo de ejemplares no permita un extenso conocimiento y posesión, pero, por otra parte, es deseable que así haya sido para que las perfecciones de la ejecución de la obra y el trazo goyesco queden en toda su pureza a través de un procedimiento cuyo secreto guarda celosamente este artista, creador de algo que no sólo nunca pasa, sino que con el tiempo adquiere mayor dimensión. «Toros de Burdeos» es ya una cita indispensable en el mejor recuento artístico de nuestros días.

El «Madrid» de Delapuente

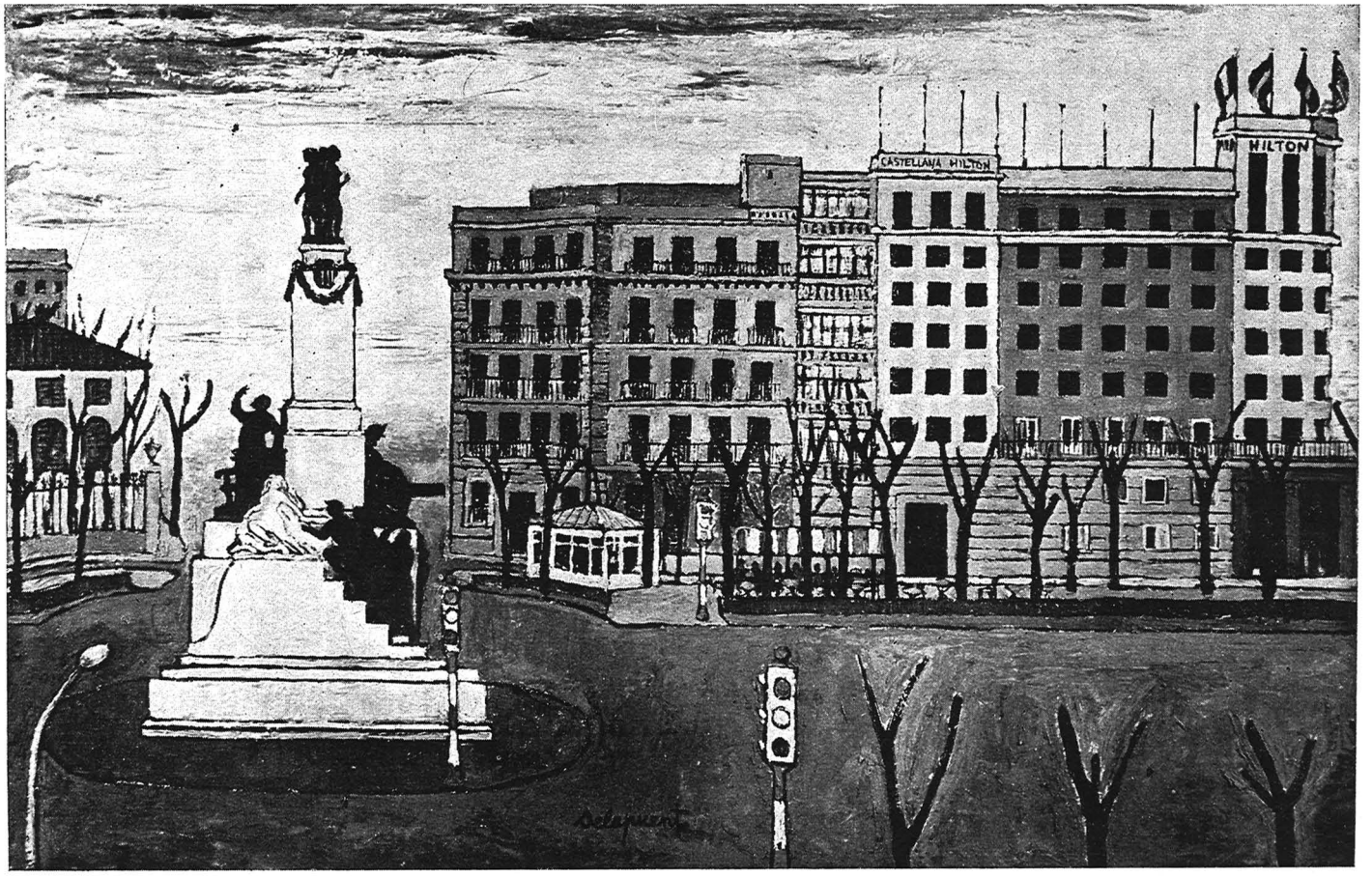
Ante el encuentro, ante el reencuentro, con esta pintura jugosa, ancha, abierta de Delapuente, pensamos en Dufy. Pensamos por encontrar una misma manera de entender un mundo urbano de formas, aunque el calificativo de español aparte toda idea posible de que Delapuente haya tenido directa influencia del artista galo. Es una remota semejanza, a la que separa el profundo abismo de los Pirineos, aunque

existe una coincidencia, feliz coincidencia, de compartir una posición espiritual, un propósito sensible y mental y una expresión plástica.

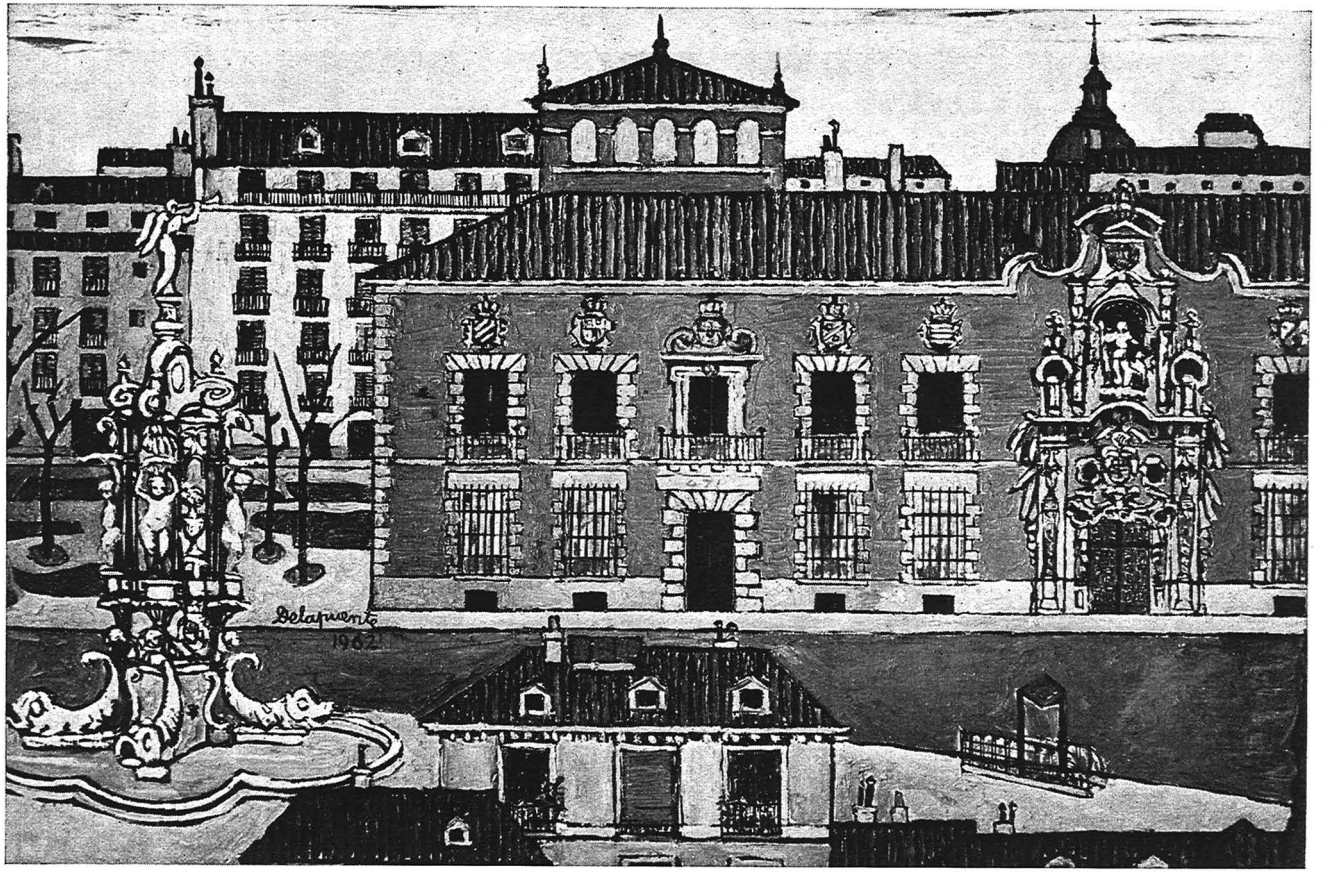
Ante los paisajes de Delapuente, se sabe de cierto que estamos ante un pintor muy español, rabiosamente español. Bastaría ver cómo la arquitectura del cuadro revela unos firmísimos cimientos y cómo las gruesas líneas del dibujo apresan no sólo la conformación de un objeto, sino su entraña y entresijo. La algarabía francesa aquí está sustituída por un orden alegre de visión. Pero si detenemos bien vista y corazón ante los edificios, casas o monumentos, veremos que Delapuente no se ha satisfecho únicamente con encontrar una feliz apariencia de las cosas, que no sólo ha puesto apasionado sentir colorista —fauvismo— en sus colores, sino que además cada objeto relata su historia, y no sólo la que le corresponde, sino la que le pudiera corresponder, pues Delapuente, como los mejores paisajistas, inventa los paisajes y coloca los volúmenes para que sirvan a una aplicación plástica y para que sirvan también a una proyección sentimental.

Delapuente, montañés de pro, es un fabuloso retratista de Madrid. Ha visto Madrid como nadie lo vió hasta él. Como debe ser cuando la pintura anda por medio y se pretende pintar, y decir, y explicar, y enseñar, y descubrir.

Estamos muy lejos de esas visiones míseras y mínimas del bello y cochambroso Arco de Cuchilleros; estamos ante un pintor que quiere —y puede— enseñarnos Madrid a los madrileños. Y enseñar, mostrar una ciudad, no es pintarla ce por be, sino darnos su meollo; inventar —hallar— algo que sea su trasunto fiel de la vida, de la potente y culta vida que tiene cada ciudad. Y Delapuente ha hecho primero lo que debía: pintura, y luego ha explicado por qué ha elegido Madrid, cómo tenía la sana obligación de encontrar en ese magnífico pretexto ciudadano un extenso mundo para explicar sensaciones, estados de ánimo, alta poesía, y, siempre, pintura. Una pintura de alegre paleta, de riente pincel, que sabe disimular la tragedia que algunas veces existe en una luz, en una iglesia, en una plaza, en una calle... Delapuente, en esta exposición, tan bien agarrada al color, tan unida a un corazón de fuerte palpitar, a un pulso claro, pero de sangre bien espesa, se ha unido a esta lista de grandes paisajistas españoles, que en opinión muy particular, para nosotros empieza en el Greco y termina en Solana. Precisamente en aquellos nombres que algunos creen alejados del paisaje, cuando en verdad fueron los que dijeron dónde estaban y dónde debían estar las cosas. Y Delapuente ha demostrado dónde están y, además, dónde debían estar, y por eso entra en la lista grande



DELAPUENTE: *Monumento a Castelar*



DELAPUENTE: *El Hospicio y Fuente de la Fama*

del paisaje tomado en serio, tan en serio como merece siempre tomarse aquello que es jugo de historia, resumen, fanal y enorme habitación del hombre: la ciudad.

Botí

En la sala Toisón expone este pintor recoleto, misógino, huidizo, cuyo pincel parece que acaricia el lienzo y que hace verdad el que siempre exista un pájaro en sus cuadros. Es una pintura, a fuerza de pureza, realista, casi suprarrealista, y con el interés de quien ha puesto en el quehacer el propio corazón. Botí salva a su pintura a fuerza de sensibilidad, a fuerza de poner sangre en cada pincelada.

Molezun

Es lástima que el exceso impida dedicar a cada pintor el espacio que merece, y este Manuel Molezún, tan lleno de gozo de pintar, de ensayar y buscar, merece largo comentario, pues su exposición en la sala Neblí es un exponente excelente de pintura; de una pintura hecha casi exprofeso para acompañar y ennoblecer a una arquitectura. La técnica, fija y leve a la vez, tiene calidades de transparencia, como si los vitrales fueran el pensamiento que domina al artista. Molezún reafirma un prestigio y una categoría. Y reafirmar es casi más difícil que afirmar.

La obra del portugués Pinto Coelho

Luis Pinto Coelho es un joven pintor hijo del embajador de Portugal en España, persona por tantos motivos querida. Pinto Coelho, pintor, es artista que sabe el oficio ya y que lo va a saber mejor porque esta severa servidumbre de la pintura exige que cada día el creador aspire a una mayor perfección. Entre las jóvenes generaciones portuguesas que con tanto interés seguimos en los periódicos de Portugal, país al que de tan antiguo amamos, destaca en la temporada la obra de este Pinto Coelho que en la sala San Jorge ofrece cuadros de muy diversa factura e inspiración, de distinta formalización; pero en todos existe un mismo afán de dejar la pintura con garra, con ese signo que define al pintor con presente y con porvenir. Puede ser una explicación decir que existe un figurativismo, y un neofigurativismo, y en decir que el abstractismo se halla también en estado de evidencia. Pero sea cual fuere la calificación circunstancial, la pintura tiene una realidad precisa y un acento lírico inmerso en la materia, a veces tratada como trallazos, y esto, al parecer tan extraño, puede ser un elogio.
M. Sánchez-Camargo.